

grimas tan amargas. Sigue. A tu mirada pura se asoma el cielo; tu decir musical es voz divina. Sigue. Yo también sufro. Yo también lloro. Pero mis lágrimas ruedan por dentro del pecho como lágrimas de hombre, y envenenan la sangre con su acibar. Sigue que me interesa tu dolor y me alegra tu alegría.

También he oído yo en las noches oscuras del invierno, el monótono decir de los cuentos de diablos, de guerras y de muertes.

Lo mismo que tú, sentía las garras del miedo clavarse en mi pecho. Y mientras la ventisca soplabá fuera y azotaba inelentemente, los cristales, y lejos, en las montañas, aullaba el lobo, a mí, me parecía que bajaban por la ancha campana de la chimenea las brujas, los duendes, los demonios y danzaban sobre las llamas violentas, rojas, amarillas, y que se retorcián después libres del fuego, como leños de encina.

—Habla, encantadora, habla. El sonar de tu conversación es suave y tierno. Tus labios parecen una rosa y pétalos sutiles, las palabras arrancadas de ellos. Sigue.

—¿Me escucharás?

—Siempre.

—Misionera de amor, bajé el camino árido y pedregoso que cruzamos.

—Como yo.

—Allá arriba cunde la codicia y arrecia el villano deseo. Y yo que he soñado con un alma blanca, como la pureza, que quiera vivir la vida del espíritu.

—Como yo.

—Tuve mi aparición y la busco sin sosiego. Al dorado alcázar de mis ilusiones llamó con mano firme una tarde de abril. Caballeros en un potro alazán, con sus ojos negros, grandes, rebrillando al sol el bruñido casco guerrero que adornaba una pluma flotante, me clavó el dardo de su mirada punzadora como flecha de oro. Luego... ¡Ay! espoleó al caballo, tiró de la ancha brida y raudo como el pesamiento huyó... huyó para siempre.

—Te pasó como a mí.

—¿Atí también?

—También se escapó mi ilusión y también la busco en vano. También vi una tarde de mayo mi aparición dichosa, bella y gentil, con sus trenzas de oro y sus ojos robados al Cielo, mostrando su lucir azul en el blanco rosado de su rostro de virgen.

Yo ví la turgencia de sus senos de nácar y aspiré el perfume de sus labios sangrientos. Yo la ví ¡ay! alejarse señoril, con su andar gallardo, envuelto el cuerpo adorado en la albura del traje, perderse en la lejanía, siempre altiva, siempre ideal, con un eterno adiós en su mano de nieve...

—¿Lloras?

¡Los dos lloramos!

—Tenemos que seguir nuestros cami-

nos opuestos. ¡Un momento nos juntó el destino en medio de esta aridez, para separarnos otra eternidad. ¡Adiós!

—Aguarda. Yo he pensado que en el bello día de mi amor renacerían las rosas en una bendita floración de felicidad.

—Y yo esperó que rompa el Sol la negrura de esas nubes plomizas y anuncie con la gloria de su luz la proximidad de la dicha.

—Espera.

—¿Para qué.

—¿No oyes? Arrullan aquí cerca dos palomas que musitan amores. El silencio de tumba que nos rodea, lo rompe el cristalino murmurar del agua de un venero. Mira como se allana el camino empinado; se limpia de piedras el suelo, y brotan flores en los zarzales. El aire corre alegre por el espacio sereno. El Sol, cuelga en los árboles sus tapices de luz; nos alfombran el suelo, jazmines y azucenas. Es la ventura lograda que brinda a nuestra voluntad y a nuestra constancia, el dulce premio del cariño. Enlacemos nuestros brazos. Revuelva el viento tus cabellos y los míos. Fundamos nuestras almas hermanas. Unamos los labios avarientos, y bajemos mi vida al valle poético de nuestras alegrías.

Ha vestido el Sol sus galas de oro. Florecen los almendros, y los rosales brindan el misterioso secreto de sus perfumes.

En la estrecha bellota, han estallado los claveles granas... Tiemblan en el aire las alas sutiles de albo plumaje de seda y en la fontana de la umbria, dos pajaritos bellos menen sus picos.

Vibra en la tierra un gigante latido de amor.

¡Cae la tarde!

RODOLFO DE ADEVA.

ENSUEÑO

Forma tomé de libro de oraciones: cabe en tu lecho, púseme cuitado y contemplé suspensó y asombrado, cien mil adivinadas perfecciones.

Bendiciendo los suaves eslabones, entre tus dedos vime aprisionado; fijaste en mí los ojos y anegado estuve en luz, en dicha... en tentaciones.

Leíste a media voz ¡oh bien querido! y tus dulces palabras melodiosas conmovieron aun más mi ser amante.

Besásteme y caí desfallecido sobre tu seno de embriagantes rosas por el valio de tu carne palpitante.

R. DE A.

Sección recreativa

Pasatiempos de salón

Para sacar una moneda de un jarro de agua sin mojarse las manos.

Se toma una vasija de porcelana, que no sea muy grande y se llena de agua algo más de la mitad; enseguida se deja caer una moneda; y se propone a la reunión que retire dicha moneda sin mojarse las manos. Nadie podrá hacerlo. Pues bien: llevando la mano bien restregada de «licopodio» en polvo, se meterá en el agua, se sacará la moneda sin que la mano se moje.

El hilo y el alambre.—Atese un alambre al extremo de un hilo y propóngase a uno de los contertulios, que aplicando una cerilla al extremo del hilo, se queme éste pero que el alambre no caiga al suelo. Para ello, basta tomar un poco de sal común humedecida entre los dedos índice y pulgar, y con ella, refregar el hilo en toda su longitud. Si después de esto se le prende fuego al hilo por su parte inferior, se le verá arder, y se verá que el alambre sigue pendiente de las cenizas.

El mar proceloso

El mar proceloso o simplemente El mar, se juega de la manera siguiente:

Una persona representa el mar; las demás reciben nombres de peces y se sientan en círculo en sillas, que se tocan por el respaldo. El mar va dando vueltas alrededor del círculo y llamando a los peces, los cuales le siguen y deben imitar todos los movimientos que aquél hace a medida que va pronunciando las palabras: «El mar se enfurece, las olas se levantan, estalla la tormenta, el viento sopla con fuerza, etc., etc.» Pero en cuanto el que hace de mar, dice: «El mar está sereno», y se sienta de pronto en una silla, todos los peces se apresuran a ocupar las restantes. El que no consigue sentarse en una, paga prenda o se le castiga a hacer de mar.

La gallina ciega

Es el juego de la *gallina ciega*, tan conocido y tan vulgar, pero en otra forma más atrayente y más agradable. Los jugadores no corren de un lado a otro burlando los brazos de la gallina ciega, ni ésta se expone a romperse algo con algún mueble que le ponga en el camino un mal intencionado. Este nuevo juego es el siguiente:

Los jugadores forman círculo, y en el centro se coloca la gallina ciega con los ojos vendados y un bastón en la mano. Los jugadores dan algunas vueltas en círculo (pueden hacerlo cantando), hasta que la gallina ciega da un golpe con el bastón en el suelo. Entonces todos se detienen y se callan. La gallina ciega extiende el bastón en una dirección cualquiera, la que se le autoje, y en cuanto toca a uno